

& Pallo, hace mucho sentido a todos los que alguna vez nos hemos visto enfrentados al estudio sistemático de áreas con baja a nula señal humana. Representa una forma necesaria de explorar en el registro arqueológico, no con el fin de descartar dichos espacios, sino para formular modelos regionales realistas que incorporen la evaluación de la jerarquización de los mismos. En otra instancia, fue el mismo L. Borrero quien planteó que probablemente estas zonas “vacías” son quizás más frecuentes de los que los arqueólogos hemos hecho explícito y que probablemente nuestra propia formación profesional nos ha llevado a sub-explorarlas. Esto hace mucho sentido en Patagonia y especialmente en sus bosques occidentales.

Otro singular vacío que aborda este libro es tratar la producción, uso y descarte de las bolas líticas. Torres & Morello estudian quizás uno de los conjuntos de bolas líticas más reconocidos en la literatura de Patagonia, como es Laguna Thomas Gould. Presentan una consistente cantidad de datos y caracterizan el conjunto a través de tipos, basados no sólo en afinidades morfológicas, sino en características de la selección de las matrices, elecciones estilísticas y atributos técnicos y métricos. Destaco que este trabajo aborda el reconocimiento de cadenas operativas diferentes involucradas en la gestión global de un instrumento, que si bien muchos arqueólogos reconocen, la mayor de las veces es referido solamente de forma tangencial.

El libro *Bosques, montañas y cazadores* se presenta como un valioso ejemplo hacia donde debe apuntar la construcción de una arqueología regional por pasos; sumándose sobre los logros de un programa en construcción. Se incorpora como un título más a la biblioteca de volúmenes coeditados por Luis Borrero en años anteriores¹; los que no quiero dejar de mencionar, pues han enriquecido notablemente la arqueología de Patagonia; ya que depositados en ellos se encuentra un inmenso cúmulo de información original, obtenida con metodologías pensadas para resolver problemas de investigación y permanentemente innovando las formas de ver el registro arqueológico.

César Méndez

Depto. Antropología, Universidad de Chile

PUNTA ARENAS SIGLO XX. Por Mateo Martinic Beros. Edición de GEOPARK. 16 x 24 cms. 335 págs. Ilustraciones y mapas. Punta Arenas, 2013.

Mateo Martinic, magallánico, miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Historia, Premio Nacional de Historia (2000) y Premio Bicentenario (2006), cuenta, como es sabido, con una vasta producción historiográfica sobre su austral región. Ahora nos ofrece este libro que viene a completar el que publicara antes con el título *Punta Arenas en su primer medio siglo, 1848-1898* (1988).

Es difícil hallar en la Historia Regional de Chile una bibliografía más abundante que la referida a Punta Arenas y la región magallánica, y un autor más prolífico que Mateo Martinic. Este distinguido historiador ha dedicado su vida a estudiar el material archivístico en los distintos repositorios nacionales y extranjeros, además de mapas, planos y fotografías que le han permitido dar a luz obras como *Historia de la Región Magallánica* (1992), *Cartografía Magallánica* (1999), y más de 600 títulos de libros y artículos que le han valido el reconocimiento en sendos premios del más alto galardón.

Punta Arenas es su “querencia”; nunca puede dejar de pensar en ella, como se aprecia en este libro centrado en una etapa de su historia, vivida en parte por el autor desde los años treinta. Es una mirada reposada, como quien contempla el paisaje desde lo alto de la colina para descubrir las formas y colores de su “morada vital”. Su escritura es llana, sensible, amena, sin la avidez de los trabajos sometidos al solo imperio de los documentos. Tampoco abusa de los recovecos interpretativos que suelen alejarse de la realidad, y alejar también al lector no especialista de los temas históricos. En este libro la pluma corre ágil, y en ciertos capítulos las imágenes brotan y los colores asoman estimulando agradablemente la lectura.

De una pequeña ciudad donde todos se conocían se pasó aceleradamente a una ciudad grande y progresivamente compleja, en un proceso marcado por el esfuerzo de sus habitantes y la mirada distante del gobierno central. Martinic hace gala de su competencia para trazar el cuadro de

¹ Borrero, L.A. 1998. *Arqueología de Patagonia meridional* [Proyecto “Magallania”]. Búsqueda de Ayllu, Concepción del Uruguay.
Borrero, L.A. y R. Barberena 2004. *Temas de arqueología. Arqueología del norte de la Isla Grande de Tierra del Fuego*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.

Borrero, L.A. y J. Charlin 2010. *Arqueología de Pali Aike y Cabo Vírgenes*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.
Borrero, L.A. y N. Franco 2008. *Arqueología del extremo Sur del continente americano. Resultados de nuevos proyectos*. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires. Entre otros.

la evolución de la planta urbana, de los cambios demográficos y del tránsito que experimenta la sociedad vecinal. Utiliza fuentes primarias y tiene a la vista también sus numerosos trabajos ya publicados.

Se decidió por el tratamiento ecléctico. A los datos históricos de rigurosa precisión, añade lo que recoge la tradición y acude a los recuerdos personales de lo que le ha tocado vivir y presenciar. No omite aventurar algunas reflexiones para comprender en su integridad el fenómeno urbano, sin olvidar los matices propios de la singularidad de Punta Arenas en el contexto de las ciudades chilenas.

Son catorce capítulos que abarcan desde el tema urbano (cap. I al V), con 114 páginas de gran interés por el cúmulo de información que ofrece en aspectos como “La arquitectura según los tiempos” o “Los adelantos urbanos”, subrayando la influencia que tuvieron las colectividades extranjeras en la fisonomía urbanística y los avances en comodidad de la vida cotidiana con la llegada del progreso tecnológico vigente en Europa y Estados Unidos, cuando otras ciudades chilenas aun vivían “un oprobioso atraso”, al decir del autor.

Cuando trata la evolución de la sociedad vecinal (pp. 115-138) Martinic se refiere al poblamiento de los distintos sectores urbanos. El tema es analizado desde la demografía y composición social, pero también calidad de vida y sociabilidad, los tonos de la existencia, el modo de ser puntarenense e identidad regional. Este último tema salta a la vista no solo aquí sino que recorre todo el libro. La fuerza que llegó a tener el sentimiento regional a principios de siglo, aumentado por la activa presencia del Partido Regionalista, pero también como respuesta a la indiferencia de los gobiernos. Sin embargo, Martinic deja claro y fundamenta que sentimiento regional e identidad regional no se opusieron nunca a la chilenidad. Por el contrario, ésta se mantuvo siempre en aquellos confines, a la par que el Estado comenzó a hacer esfuerzos más sostenidos por la integración de Magallanes a los destinos del país en los años treinta.

Entre los capítulos llamativos por su importancia en el desarrollo de Punta Arenas está “La Economía Urbana” (pp. 139-160). Comparecen los empresarios de mucha o poca monta, comerciantes cuyos apellidos testimonian que son los extranjeros los protagonistas principales de principios de siglo, y los nombres de sus negocios recuerdan, a menudos, sus lugares

de origen en la vieja Europa. No están ausentes las descripciones de las más concurridas tiendas de los años veinte y treinta, posiblemente equivalentes a las de Valdivia por la misma época. Gracias a las fotografías tomadas por Carlos Foresti, en 1920, podemos conocer la distribución de sus estanterías para la exhibición de la variedad de artículos de procedencia extranjera, separados por secciones. Hoy nos parecen sorprendentemente modernas, como lo era la Casa Inglesa, de L. L. Jacobs, la tienda de Braun y Blanchard, y cierto modo también la Casa Gilli y otras menores. En todas ellas, subraya Martinic, se reconocía *la afabilidad, la paciencia y el buen trato característico de la escuela europea realizado por gente que muchas veces hizo de tal actividad el empleo de una digna vida laboral.*

La economía urbana tuvo su punto de quiebre en los años cuarenta, cuando a causa de la guerra mundial se puso fin a las importaciones. Después se muda el estilo, surge nueva publicidad y se inaugura una época de tonos distintos, como los años cincuenta y sesenta, que se prolonga hasta el presente.

No menos importante resulta conocer la época de ciudad portuaria y vida asociada a la actividad marítimo-mercantil, que alcanzó su punto más alto en 1913 con el impresionante número de 1.539 barcos de todas las procedencias. Entonces, Punta Arenas era un puerto complejo con una infraestructura de muelles, pontones-depósitos, almacenes navales, maestranzas, astilleros, en fin, oficios ligados al mar, y un comercio que por entonces se distribuía en las calles inmediatas a puerto. Estas páginas (161-174) reflejan muy bien lo que era Punta Arenas antes y después de la construcción del gran muelle mixto de 1929, cuando el declive marítimo era ya evidente luego de la apertura del canal de Panamá, que afectó también a Valparaíso y otros puertos chilenos. Martinic publicó antes otro trabajo monográfico sobre el período de mayor protagonismo empresarial del tráfico marítimo: “Armadores de Punta Arenas entre 1870 y 1930: expresión de pujanza empresarial y la chilenidad en los mares australes” (*Revista de Marina*, N° 2, 1995). El tránsito de ciudad-puerto a ciudad progresivamente más ligada a su *hinterland* es un aspecto que revela la funcionalidad de una ciudad preparada para responder a las circunstancias.

La irrupción de los vehículos motorizados (pp. 167 y ss.) es otro de los temas tratados por el autor para explicar la más estrecha vinculación

de la ciudad con la pampa, a la par que mejoraban los caminos, como en 1930, cuando se abrió la ruta Punta Arenas – Puerto Natales junto con la aparición de los empresarios del transporte terrestre. Fue un giro importante este paso de la vocación marítima a las actividades relacionadas con la tierra adentro, tránsito que Martinic había tratado en parte en “Los comienzos del transporte mecanizado terrestre en Magallanes (1900-1930)” (*Magallania*, Vol. 37, N° 1, 2009). La ciudad misma refleja algo de este cambio, pues de las calles comerciales vinculadas al puerto, como Errázuriz, Roca o Pedro Montt, se pasa a calle Bories, que testimonia la nueva relación con las estancias ganaderas y el surgimiento de numerosos oficios que nutrieron la vida cotidiana de la referida Bories. Más tarde un nuevo paso: la economía poli-productiva, en el contexto de la globalización que el autor sitúa entre 1981 y 2000.

Entre los muchos aspectos que hacen valioso este aporte importan el gobierno edilicio (pp. 175-184), lo adelantos urbanos (pp. 99-114), arte y cultura (pp. 247-272), momentos urbanos memorables (pp. 273-286) y lo que ha significado el aislamiento geográfico en el desenvolvimiento de esa ciudad (pp. 287-298). En todos estos temas el autor conserva su estilo sobrio, preciso y sin artificiales decoraciones. Pero es en el capítulo X: “Lo que el viento se llevó” (pp. 185-192) donde suelta la pluma y deja fluir su sensibilidad para recordar las pequeñas cosas del diario vivir de antaño. Su lectura, como decíamos más arriba, es un placer, porque nos muestra lo que era la existencia en aquellos años del trineo, del tren Mina Loreto, de los “chirimbolos”, de los pequeños vapores fletados, de los “aserraderos ambulantes”, de los tiempos de la leña para la calefacción anterior al gas licuado, de los “canillitas” voceadores de diarios, del fotógrafo de la plaza con su cámara de cajón, de los vendedores ambulantes de “cachitos”. En fin, los años treinta y cuarenta reviven en este capítulo que junto con ser una añoranza permite descubrir una dimensión más íntima del autor.

Se sienten los aromas de esa atmósfera de pueblo y los ritmos de lo cotidiano. Martinic sabe hacerlo; tiene oficio, pues algo de Punta Arenas de los años de su infancia nos ofrece en su *A la hora del crepúsculo* o recuento de su vida productiva en su ciudad natal. Puede pasar de las frías precisiones estadísticas a los recuerdos más sentidos en una forma que linda con la poesía; una licencia que se da el autor y que hace tan grata la lectura. Recoge aromas, colores, sonidos como el rodar de los carros sobre la calzada, el silbido del viento, los pitazos de

los vapores, el ulular de la sirena de incendio o el lenguaje de las campanas de la iglesia. Todo esto que era diario y que hoy resulta tan distante, le parece que eran sonidos que no se pueden disociar del ambiente urbano, de sus calles empedradas, del vestir de su gente en el pueblo todavía pequeño y aislado.

La historia de Punta Arenas ha sido “intramuros”; el aislamiento ha marcado la psiquis y la ha definido como “mundo aparte” en el imaginario chileno; ciudad distante de la humana correspondencia con sus congéneres nacionales en tiempos más lentos como eran los años del vapor. Algunas miradas foráneas repararon precisamente en este enclaustramiento que parecía verse en los rostros y las expresiones de la gente, en la sociabilidad de clubes encasillada en círculos entre iguales. La ciudad misma daba la impresión de “lugar cercado” y de “vida transitoria”, como dice la antropóloga francesa Annette Laming en 1953 (*Patagonia, confín del mundo*), y que Martinic no comparte, porque teniendo un fondo de verdad, le parece que la francesa tiene una mirada extrema, desfavorable, incluso de rechazo a esa vida aparte y estrechez vital de Punta Arenas.

En resumen: es un excelente libro que debería tener seguidores para estudiar otras ciudades chilenas, como lo ha hecho Gabriel Guarda O.S.B. para Valdivia, o los ya lejanos Sayago para Copiapó y René León Echaiz en su *Historia de Curicó*. Al hacer un balance de cien años, Martinic juzga el período como “favorable y aleccionador”, tomando en cuenta su situación geográfica en el confín del mundo y los desafíos que entrañaba para el colono. Martinic dice de estos primeros pobladores que desbrozaron el camino: “poblar acomodándose al espacio que se ha ocupado, con más de mezquino que de generoso califica al fenómeno como una auténtica gesta digna por tanto de ser recordada para la posteridad por su sentido épico”. Con razón lo cree un “fenómeno notable”.

Rodolfo Urbina B.

Universidad de Playa Ancha, Valparaíso
Universidad Adolfo Ibañez, Viña del Mar

EL RUMBO SECRETO DE LAS BALLENAS.
Por Mauricio Massone Mezzano. Ediciones de la Universidad de Magallanes. 16 x 24,5 cms. 146 págs. Ilustraciones. Punta Arenas, 2013.

Tenemos en las manos una obra que de primera sorprende. Ballenas, sélnam, guerra (paz) y trascendencia. ¿Qué relación pueden tener entre